

## CAPÍTULO II

MISIONES SEPTENTRIONALES DE LA PROVINCIA DE MÉJICO  
DESDE 1615 HASTA 1652

SUMARIO: 1. Misión de Cinaloa. Progreso de la fe y trabajos de los jesuítas.—2. Misión del río Mayo y martirio de los PP. Julio Pascual y Manuel Martínez.—3. Misión de los hiaquis, empezada por las expediciones militares del capitán Hurdaide.—4. Entrada del P. Rivas y conversión de los hiaquis.—5. Misión de los tepehuanes. Martirio de ocho Padres en 1616.—6. Restauración lenta de la misión en los años siguientes.—7. Misión de los taramares. Martirio de los PP. Cornelio Godino y Jácome Antonio Basile.—8. Principios de la misión de Sonora.—9. Proyecto de formar Obispado, y estadística de aquellas misiones, hecha por el P. Burgos.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Mexicana. Historia*, II.—2. *Mexicana. Varia*.—3. *Mexicana. Literae annuae*.—4. Rivas, *Historia de las misiones de la provincia de Nueva España*.—5. Varios documentos del Archivo de Indias.

1. Mientras en Méjico y en las principales ciudades de Nueva España se esforzaban los jesuítas en santificar a los españoles y en catequizar a los indios que vivían mezclados con la población española, los misioneros enviados a la región del Norte desde el tiempo del P. Aquaviva, continuaban infatigables en su tarea de descubrir, convertir y civilizar a los indios salvajes, que hallaban perdidos en aquellas regiones, todavía inexploradas. Como ya dijimos en el tomo anterior, a la muerte del P. Aquaviva eran cerca de 60 los jesuítas españoles que trabajaban en las regiones septentrionales del antiguo Virreinato. El principal centro de estas misiones se hallaba en el actual Estado de Cinaloa, en el pueblecito que poco a poco fué creciendo y transformándose en villa regular, y que, llamado al principio San Felipe y Santiago, recibió con el tiempo la denominación de toda la provincia y se llamó ordinariamente Cinaloa. Estaba situado a la orilla de un pequeño río que se llamó también Cinaloa y que corre de Nordeste a Sudoeste, desde los cerros de los taramares hasta el golfo de California. En torno de este centro de operaciones se fueron fundando otras misiones, o, como entonces se decía, *partidos* o *doctrinas*, y venían a ser un grupito de varias aldeas cuidado por dos misioneros. Para el año de 1640 hallamos fundadas las

doctrinas siguientes en el norte del Estado de Cinaloa: la de Chicorato, Baburia, Nio, Guasane, Mocorito y Tamasula. Algunos de estos pueblos parece que han desaparecido, pero otros perseveran todavía.\*

El trabajo de los jesuítas en esta misión era penoso, porque iba acompañado de las graves privaciones que necesariamente se habían de experimentar en un punto donde todo faltaba y donde los elementos más necesarios para la vida debían ser llevados de Méjico o de otras provincias de Nueva España. A esta falta de comodidades se añadía la dificultad del carácter de los indios. «Estas naciones, escribía el P. Vicente Águila, son indómitas como potros cerreros y cimarrones. Si los de la primitiva Iglesia peleaban con la sabiduría del mundo, aquí se pelea con la ignorancia, en lo cual, por ventura, hay de suyo más dificultad. Por aquí se echará de ver lo que los Padres trabajan con gente tan bárbara, tan ruda, tan ingrata y desleal, en tierras tan calurosas, tan pobres y faltas de regalos ordinarios. El pan, vino, carnero y frutas de que abundan otras tierras, se ve acá por jubileo. Aunque uno caiga enfermo, no hay médicos ni medicinas, sino la misericordia de Dios... Aprende cada uno de los misioneros dos y tres lenguas, teniendo también cada cual, en cuatro o cinco o más pueblos, que administrar los oficios que están repartidos en una casa entre muchos, abrazando lo espiritual y lo temporal, de que se pudieron descargar los Apóstoles y nosotros no, asistiendo a las fábricas de iglesias y casas que en cada pueblo son menester, por ser tierra bárbara y nueva» (1).

Aunque iban acompañadas de tantas fatigas las empresas apostólicas de nuestros Padres, sin embargo, la mayor parte de ellos se animaban mucho al trabajo en vista del fruto verdadero y sólido, que estaban logrando en aquellas tribus salvajes. No se vieron en Cinaloa esas conversiones en masa, que algunas veces logró en la India oriental San Francisco Javier. El fruto se iba recogiendo poco a poco, pero progresaba sin cesar. Además era necesario ir acostumbrando lentamente a los salvajes a la vida civil, honesta y laboriosa, y el implantar estas costumbres suponía un trabajo de que ahora no tenemos idea. Conservamos una relación enviada al P. General en el año 1622, en la cual el P. Gaspar Varela, misionero de Cinaloa, describe la vida ordinaria de los indios convertidos. Juzgamos que los lectores la recibirán con interés.

(1) *Mexicana. Varia*, n. 10.

«El modo de vida, dice el P. Varela, que en general se guarda en toda esta provincia es al amanecer, al tocar las Avemarías, se juntan todos los niños y niñas a rezar la doctrina, y, acabada, por más de una hora, con sus maestros cantan muchas letrillas de Nuestra Señora, de los Santos y de Cristo Nuestro Señor, con varias tonadas que para este efecto andan compuestas. Están todo este tiempo de rodillas, con mucho gusto y aplicación suyos, repitiéndolas en sus casas de noche. Después de esto oyen la Misa con lo restante del pueblo, y todos, grandes y chicos, juntos con el Padre, dicen en voz moderada parte de la Doctrina y Catecismo, y esto acabado, los niños y niñas se presentan al Padre, para que les mande lo que harán aquel día, y recibida la bendición, si no hay cosa de la iglesia en qué entender, se van a sus casas. A la tarde, de la misma manera, antes de anochecer se vuelven los niños y niñas a juntar a la doctrina y a repetir sus letrillas y al fin de ellas un responso por las ánimas, con que se vuelven a sus casas.

»El Padre se recoge a su casa, y luego vienen los alcaldes y fiscales a avisar de los enfermos y la gravedad de sus enfermedades y se les enseña lo que se debe hacer, así en orden a su cura, como a su sustento, y principalmente al del alma, trayendo a la iglesia a los más pobrecitos a recibir el Señor. Para cuyo efecto y consuelo mío y de mi compañero, este año hemos puesto, conforme a nuestra pobreza, el Santísimo Sacramento, a cuya visita acuden con admiración y consuelo los indios del pueblo y los de los cercanos, con envidia de no poder ellos gozar de tanto bien. Después de los enfermos se sigue el componer los pleitos y diferencias que entre sí suelen tener acerca de tierras y de otras riñuelas, que entre sí pocas veces llegan a cosa grave. Y se componen al dicho del Padre, como si fuera su voz divino oráculo, sin volver más a dar y tomar sobre lo mismo, antes si alguno vuelve a repetir, es afrentado de los demás, como hombre que da poco crédito a las razones del Padre...

»Después de concluidos pleitos y vistos enfermos, se hacen las obras de los pueblos muy poco a poco, a que acuden grandes y pequeños, sin reservarse ninguno el tiempo que no es de siembra o de hierba, que en éste no se hace otra cosa. Con que tienen distribuido todo el tiempo del año, cosa importantísima para sacarles de una grandísima y general flojedad que tienen en su gentilidad todas estas naciones» (1).

(1) *Mexicana. Historia*, II, n. 38.

Además de estos trabajos, que podían llamarse ordinarios en la vida del misionero, ocurrían muy a menudo persecuciones y peligros graves entre los pueblos circunvecinos que rodeaban a la misión de Cinaloa.

Dentro de esta villa hallábanse, naturalmente, seguros nuestros Padres, ya por estar más civilizados y bien acostumbrados los indios, ya porque allí residía el presidio de 32 soldados españoles. Pero en las tribus algo distantes de Cinaloa, adonde se extendía el celo de nuestros apóstoles, no siempre hallaban la misma docilidad, y, por el contrario, era bastante frecuente padecer persecuciones, traiciones e ingratitudes de aquellos mismos a quienes procuraban convertir. En medio de tan penosas fatigas, consolaba Dios a nuestros misioneros con abundancia de gracias espirituales, y lo que se lee de San Francisco Javier, que, en medio de los trabajos de la Pesquería, rebotaba de consuelo y alegría espiritual interior, esto mismo experimentaban estos fervorosos operarios de Cinaloa. Lo sabemos por el testimonio autorizado de uno de ellos, que, sin escribir historia, consignó en un párrafo de cierto libro ascético algunos recuerdos preciosos, que la historia debe recoger. El P. Miguel Godínez, aquel autor inglés que redactó la *Práctica de la teología mística*, del cual hicimos mención más arriba, refiriendo los trabajos de esta misión de Cinaloa, escribe el párrafo siguiente, que nos ha parecido necesario comunicar a nuestros lectores: «Muchos años me ocupó la obediencia en este ministerio de la conversión de los gentiles en una provincia llamada Cinaloa, a trescientas leguas de Méjico, hacia el norte... Siendo la tierra sumamente caliente, caminaban los misioneros a todas horas del día y de la noche, acompañados de bárbaros desnudos, rodeados de fieras, durmiendo en despoblados. La tierra las más veces sirve de cama; la sombra de un árbol, de casa; la comida, un poco de maíz tostado o cocido; la bebida, el agua del arroyo que se topa; los vestidos eran rotos, pobres, bastos y remendados. Pan, carnero, frutas y conservas jamás se veían sino en los libros escritos. La vida estaba siempre vendida entre hechiceros que, con pacto que tenían con el demonio, nos hacían cruda guerra.

»A dos religiosos, compañeros míos, flecharon e hirieron, y yo escapé dos veces por los montes, aunque mataron a un mozo mío. Andaban aquellos primeros Padres rotos, despedazados, hambrientos, tristes, cansados, perseguidos, pasando a nado los ríos más crecidos, a pie montes bien ásperos y encumbrados, por los bosques, valles, brezas, riscos y quebradas, faltando muchas veces lo necesari-

rio para la vida humana, cargados de achaques, sin médicos, medicinas, regalos ni amigos; y con todos estos trabajos se servía muy bien a Dios y se convertían muchos gentiles. Sólo el santo mártir P. Santarén aprendió once lenguas y edificó cincuenta iglesias. Cuando nos juntábamos una vez al año en la cabecera donde estaba el Superior para darle cuenta del número de los bautizados y de los peligros y sucesos más notables que nos acontecían, ningún año en mi tiempo bajaba el número de los bautizados de los cinco mil, y algunos años subió de diez mil, y el año de 1624 quedaban en toda la provincia bautizados arriba de ochenta y dos mil, y después pasaron de ciento veinte mil los bautizados. Verdad es que después entraron unas pestilencias que mataban millares de ellos, y nosotros trabajábamos sumamente con los apestados. Conocí a algunos misioneros de éstos, a quienes comunicó Dios altísimo grado de contemplación infusa, y cogía después en su rincón lo que había sembrado con tantas fatigas en aquellas misiones. A uno de ellos conocí que estuvo tres días y tres noches en un éxtasis; a otros que estaban cuatro y seis horas gozando de favores celestiales en una altísima contemplación; pero éstos son pocos, y soldados veteranos, porque lo muy bueno siempre es muy poco» (1). Por este párrafo del fervoroso misionero conocemos, no solamente las penalidades, sino también el copiosísimo fruto que lograron en aquellas regiones los misioneros de la Compañía.

2. Más rápidos y felices todavía fueron los progresos de nuestra fe en las riberas del río Mayo. Este río, paralelo al que riega el valle de Cinaloa, corre desde los cerros de Topía hasta el golfo de California, unas cuarenta leguas al norte del presidio habitado por los españoles. El capitán Martínez de Hurdaide había tenido alguna noticia de los mayos, y tratando con ellos entendió que eran gente de buen natural, menos holgazanes que otros indios, y mejor dispuestos para recibir nuestra santa fe. Supo también las guerras que sostenían con los indios hiaquis, situados más al Norte; y entrando amistosamente en relaciones con los mayos, llegó a servirse de ellos para construir el fuerte llamado de Montes Claros, a la orilla del río Carapoa, que corre como en medio entre el de Cinaloa y el de Mayo. Habiendo entendido estos indios la tranquilidad y paz de que gozaban los neófitos evangelizados por nuestros Padres, se resolvieron a pedir que se extendiesen los jesuítas hasta sus tierras, y ofrecieron

(1) *Práctica de la teología mística*, l. III, c. 7.

reunirse en pueblos y vivir bajo la obediencia de los Nuestros, como veían que lo hacían los indios de Cinaloa. Así el capitán Hurdaide como el Superior de nuestra misión de Cinaloa, representaron esta oportunidad que se ofrecía de dilatar el Evangelio hacia las regiones del Norte, al Virrey de Méjico y al P. Provincial de la Compañía. Ambos aceptaron la idea, y en el año de 1614 fué designado para emprender esta misión el apostólico P. Pedro Méndez, portugués de nación, que había trabajado en estos países diez y ocho años desde los tiempos del P. Tapia, y había sido llamado a Méjico para que descansase algún tanto y repusiese su quebrantada salud. Un año había pasado en Méjico el fervoroso P. Méndez, y cuando oyó la nueva misión de los mayos que se trataba de establecer, él mismo se ofreció espontáneamente al P. Provincial, y pidió con instancia ser destinado a esta apostólica empresa (1).

Accedieron los Superiores a tan santo deseo, y en 1614 el P. Pedro Méndez, en compañía del capitán Hurdaide, entraron en las tierras de los mayos. El mismo P. Méndez nos ha referido con clarísima sencillez el éxito asombroso que logró el Evangelio en aquellas almas sencillas. Traduciremos un fragmento de la primera carta que escribió al P. Superior de la misión. Dice así: «En ésta daré cuenta a V. R. de nuestra entrada, que fué, a gloria de Nuestro Señor, muy próspera y de mucha importancia el haberla tomado tan a su cargo el Capitán, que ningún otro que la intentara hiciera la mitad. Avisóse primero a los mayos de nuestra ida, que era a darles el santo Bautismo, que por muchas veces habían pedido, y que se juntasen para el recibimiento. Aunque la hambre los traía muy derramados, tomaron tan bien el aviso, que hicieron junta por su orden en los pueblos que se les habían señalado, y diez leguas antes de llegar a ellos, vino el mayor cacique a dar razón de esto. Más adelante salieron otros quince principales, y antes de llegar al primer pueblo de aquel río, a quien pusimos por nombre el río de la Santísima Trinidad, salieron más de cuatrocientos indios con sus mujeres e hijos, adornadas las cabezas con mucha plumería de varios colores que tenían, y nos recibieron con alegría. Tenían cruces levantadas por los caminos, que cierto nos hacían derramar muchas lágrimas de devoción. Levantaron arcos, aunque no triunfales como los de Méjico, pero cierto que declaraban bien el triunfo glorioso que Cristo, Rey de reyes y Señor

(1) Rivas, *Hist. de las misiones de la prov. de Nueva España*, l. IV, c. 2. Recuérdese que por entonces era misionero de Cinaloa el P. Rivas.

de señores, alcanzaba de sus enemigos. Salieron grandes correrías de gente de a caballo y de a pie. Estaban puestos en orden para ser contados, los hombres y muchachos en sus hileras y las mujeres y doncellas en las suyas. Tenían sus enramadas hechas al modo de iglesias, donde se habían de bautizar los párvulos.

»Llegamos al primer pueblo, y desde él hasta el mar de esta costa de Californias, en diez y ocho leguas congregamos siete pueblos, y en ellos se contaron como veinte mil personas por el Capitán y soldados, ayudando bien los caciques a esto, y cuidando que los que se contaban en un pueblo no se contasen en otro. Faltó otra mucha cantidad de indios que se quedaron en el monte buscando la comida, por ser grande la hambre. No se contaron otras parcialidades marítimas que confinan con el dicho río, porque éstos estaban derramados por las marinas, aunque los caciques vinieron al mandato del Capitán y prometieron vendrían a poblar en el pueblo que se les señalase, como fuese cercano a sus pesquerías, que juntos con los de este río serán una gran población. En los primeros quince días, a gloria de Nuestro Señor y consuelo de los Superiores que acá me enviaron, bauticé tres mil y cien párvulos, y adultos quinientos, sin otro gran número de viejos y viejas que he bautizado. Otros párvulos y adultos que después de bautizados se han muerto, son más de otros quinientos, yéndose en breve a gozar de Nuestro Señor con grandes prendas de su salvación... Acóntecíame llegar de camino y muy cansado (en lo que me edificó mucho la paciencia del Capitán) y porque no se desparramasen los indios, bautizaba quinientos y seiscientos sin cesar hasta acabarlos todos. Después acá se han ido haciendo algunos bautizos solemnes. Tengo casados *in facie Ecclesiae* setenta y tantos pares. Tengo siete iglesias hechas de jacales, y aunque no como las de allá, pero donde confío en Nuestro Señor se juntarán y penetrarán adelante muchas almas agradecidas a Su Majestad» (1). El capitán Hurdaide confirma en otra carta suya las noticias que nos da el P. Pedro Méndez.

Con estos bríos y alientos empezó la misión de los mayos. Un año después, el P. Pedro Méndez escribió de nuevo otra carta anunciando el felicísimo progreso de aquella misión y el excelente carácter que mostraban los indios convertidos. «Nunca he doctrinado gente, dice el P. Méndez, que tan presto sepa tanta doctrina. Son incansables rezadores. Los que en un bautizo son catecúmenos, en el

(1) Rivas, *ibid.*, c. 2.

siguiente son maestros de los que se catequizan, y para esto acuden a la iglesia corriendo con tal afecto como si fueran a tomar lugar para alguna comedia. De noche en las casas no se oye sino los que se juntan a rezar las oraciones» (1). En la misma carta anuncia que se ha aumentado considerablemente el número de los cristianos y añade algunos casos de conversiones muy ejemplares que ha logrado entre aquellos infieles. En vista de tan felices principios, enviaron los Superiores para acompañar al P. Méndez al joven P. Diego de la Cruz, el cual, aplicándose a aprender la lengua, se encargó pronto de tres pueblos de cristianos. Con esta ayuda se logró muy pronto bautizar a toda la nación de los mayos, y en el transcurso de 1614 a 1620 lograron tener los dos Padres cinco grandes pueblos de cristianos, algunos de los cuales pasaban de mil vecinos, y en distancia de unas diez leguas a lo largo del río, estaban reunidas como 30.000 almas cristianas.

Como al mismo tiempo se había empezado la misión de los hiquis, de que hablaremos luego, juzgaron los Superiores que convenía dividir la misión de Cinaloa, y, en efecto, en este mismo año de 1620 se fundó otra misión en el río Mayo, donde residiese un Superior distinto del de Cinaloa, quien dirigiese a los misioneros esparcidos en aquellas regiones septentrionales, que se extendían desde el norte del actual Estado de Cinaloa hasta casi la mitad del Estado de Sonora (2). Trabajaban entonces en todo aquel territorio 11 misioneros que cuidaban de una población que no bajaría de 60.000 cristianos.

Extendióse poco a poco la fe católica, no solamente por los llanos vecinos al mar de California, sino también por las sierras donde nacen los ríos que arriba hemos mencionado. Los misioneros de Mayo iban poco a poco conquistando almas en las sierras de los tarumares. Entre los fervorosos operarios que fué enviando la provincia de Méjico a cultivar estas tierras, distinguióse mucho el P. Julio Pascual, joven misionero nacido en Bresa, en los Estados de Venecia, el año 1590. Había entrado en la Compañía en 1611, y antes que acabara los estudios teológicos, se ofreció a la provincia de Méjico, con deseo de trabajar en la conversión de los infieles, y obtuvo atravesar el Atlántico en compañía del P. Arnaya, el año 1616. Concluyó sus estudios en Nueva España y poco después pidió ser desti-

(1) Rivas, *ibid.*, c. 4.

(2) Véase esta división explicada en el P. Alegre, t. II, pág. 122.

nado a las misiones septentrionales. El P. Rivas, que le conoció, nos ha legado esta importante observación: «Cuando llegó este varón apostólico, dice, con otros tres Padres que también venían a emplearse en estas misiones, al punto que le vi y comuniqué, me hizo reparar la santidad que resplandecía en su semblante, la cual después testificaron sus obras y virtudes admirables» (1).

Efectivamente, aplicado a la misión de Mayo el P. Julio Pascual desde 1627, empezó a trabajar en la nación de los chinipas, que desde tiempo atrás habían empezado a convertirse a la fe, aunque varias veces, con la inconstancia natural de los indios, habían retrocedido a los vicios de su infidelidad. El P. Julio Pascual confirmó en la fe a los antiguos cristianos e hizo importantes adquisiciones entre aquellos indios. Extendióse después más al Este entre aquellas sierras, a los indios llamados guazaparis; después hizo conversiones en otras tribus que llama el P. Rivas los temoris, los ihios y los baroios. Cuatro años perseveró en la improba tarea de catequizar a naciones de lenguas algo distintas, de caracteres bien diferentes y todas algo rebeldes a la doctrina del Evangelio. Bien conocían nuestros Padres, que aquellos indios de las serranías eran mucho más duros de convertir que los mayos y otros que habitaban las tierras llanas.

Entre tantos convertidos no faltó un Judas que empezó a estragar el bien espiritual que hacía el misionero, y poco a poco dispuso a los indios al crimen que luego cometieron. Este hechicero, a quien llama el P. Rivas Comobeai, empezó a alborotar a los guazaparis, y en largas pláticas que les hacía, vino a persuadir a muchos, que se levantasen en armas contra el P. Pascual y acabasen con un hombre que les prohibía sus embriagueces, y les obligaba a vivir con menos libertad de la que quisieran. Tuvo el misionero algunos indicios de que entre los indios guazaparis se tramaba algo grave contra él, pero con el candor y sencillez que le distinguía, no dió crédito a las noticias, aunque se las repetía con mucha insistencia un niño de quien se servía como catequista en sus excursiones. Poco después llegaron dos cristianos de los baroios, y le avisaron que su vida estaba en peligro. Acordó entonces el Padre recogerse al territorio de los chinipas, que eran más fieles y le podrían defender en caso de un ataque de los guazaparis. Mientras se hallaba en esta angustiosa situación llegó otro misionero para ayudarle en sus trabajos, y era

(1) Rivas, *Hist. de las misiones de la prov. de N. E.*, l. IV, c. 7.

el portugués P. Manuel Martínez, hombre fervoroso que deseaba hacer sus primeras armas entre aquella infidelidad. Dios lo dispuso de otro modo. El buen P. Manuel Martínez no pudo hacer otra cosa, como quien dice, sino llegar y morir.

Efectivamente, habiéndose juntado los dos misioneros el 25 de Enero de 1632, partieron a un pueblo que habían formado con los indios baroios. Fueron bien recibidos por aquellos neófitos, pero apenas entraron en el pueblo, les anunciaron que venía con armas una multitud de guazaparis. Avisaron los Padres a los chinipas, rogándoles que acudieran a su socorro. Acudieron, en efecto, algunos, pero cuando entendieron la gran muchedumbre de enemigos que venía, se acobardaron y volvieron atrás. Llegó la mañana del día 1.º de Febrero, y apenas amanecido viéronse los Padres rodeados de centenares de indios, que con gran furia empezaron a combatir la iglesia y la casita en que se hallaban recogidos. Estaban solos con algunos carpinteros para la obra de la iglesia y ocho indiecitos cantores que servían para celebrar las solemnidades. Confesáronse el uno con el otro y confesaron también brevemente a los pocos cristianos que les rodeaban. Entretanto los guazaparis, en medio de un alboroto infernal, pusieron fuego a la casa e iglesia. Entonces el P. Manuel Martínez exclamó: «No muramos como tristes y cobardes; salgamos a cara descubierta delante de los enemigos.» Así lo hicieron ambos Padres, y apenas se mostraron en público, una flecha atravesó al P. Julio Pascual por el estómago, y otra cosió el brazo del P. Manuel Martínez con el pecho. Tras esto siguió una lluvia de saetas que acribillaron a ambos Padres y les dejaron muertos cerca de la pobrecita iglesia, que ardía entre llamas. Pudieron salvarse dos niños cantores, uno metido en una alacena y otro debajo de un altar. Éstos refirieron la muerte de los Padres y los horribles excesos que los rebeldes cometieron después con los santos cuerpos de los mártires (1). Este glorioso martirio no detuvo el progreso del Evangelio en aquellas regiones. Fueron castigados después los asesinos, y habiendo renacido la paz, fué también progresando el Evangelio entre aquellas tribus evangelizadas por el P. Julio Pascual. Entretanto, la misión de los mayos establecidos en las llanuras perseveraba constante en la profesión de la fe y en la práctica también de las virtudes cristianas.

(1) Rivas, *ibid.*, c. 9.